

V Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 58, 7-10; Corintios 2, 1-5; Mateo 5, 13-16

«Vosotros sois la luz del mundo. Vosotros sois la sal de la tierra»

6 Febrero 2011 P. Carlos Padilla Esteban

“QUE VUESTRA FE NO SE APOYE EN LA SABIDURÍA DE LOS HOMBRES, SINO EN EL PODER DE DIOS”

Pensar es bueno, nadie lo duda, sin embargo, PENSAR DEMASIADO tal vez no lo es tanto. Joana Arbiol escribía: *“¡No le des más vueltas! A veces, cuando algo nos preocupa, en vez de buscar soluciones y analizarlo de forma constructiva, lo agrandamos en nuestra mente volviendo sobre ello una y otra vez. Caminar en círculos nos impide avanzar”*. Nos preocupamos demasiado por las cosas. Nos preocupamos en lugar de ocuparnos. Los problemas nos quitan la paz y nos vamos a dormir con ellos, nunca los dejamos al pie de la cama. Noches de insomnio, horas perdidas pensando, nos falta paz. Ansiedad y falta de libertad interior. Pensamos en círculo y no logramos avanzar ni un paso. Vivimos en el futuro, despreciando el presente. Nos falta ese punto de indiferencia ante la vida que nos libere de nuestros miedos. Nos ahogamos en nuestros pensamientos sin encontrar salida. Pensamos que llegará la paz y la alegría cuando todo haya pasado o cuando los problemas estén resueltos. Pero, como dice **Bernabé Tierno**: *“Hay que ser feliz en el día a día. Hay que vivir viviendo y no vivir muriendo”*. Porque pensamos que nuestra felicidad se encuentra detrás de estos problemas sin solución, de estos caminos sin salida. No es así, tenemos que aprender a disfrutar de nuestra vida hoy y no mañana. Continúa diciendo este autor: *“Somos lo que vivimos, pero, sobre todo, somos lo que disfrutamos. Lo que no disfrutas lo pierdes”*. Disfrutar la vida que Dios nos da es el camino de la luz que queremos recorrer este domingo. **La oscuridad nos hace perder el rumbo, la orientación y la meta en nuestro caminar. La luz, por su parte, nos muestra el sentido de tantas cosas.**

LA MISIÓN, SIEMPRE HABLAMOS DE LA MISIÓN, de esa misión que tenemos en este mundo, en el que Dios ha sembrado nuestra vida. Le damos vueltas y más vueltas al plan de Dios para nosotros. Buscamos respuestas fáciles y caminos sencillos. Nos gustan esas recetas que no comprometen demasiado. O los caminos trillados, o los métodos claros. Miramos a los santos y nos gustaría seguir sus huellas, dar importancia a lo importante y desgastarnos sólo por algo grande. Pero los santos nos resultan demasiado lejanos. Nos parecen perfectos. Y nosotros sentimos que se nos escapan los días entre los dedos, de forma vana, casi sin pensarlo. Vemos que nos hacemos mayores y que no hemos dejado huella en esta tierra. Miramos hacia el pasado, nos proyectamos en el futuro. Las heridas en el corazón nos recuerdan que hemos vivido. Pero a veces sentimos que podíamos haber dado más, siempre se puede dar más. ¿Qué más podemos hacer? Los caminos de otros nos parecen más meritorios, como si las vidas pudieran ser comparadas las unas con las otras. Refrescamos la memoria pensando que Dios nos ha amado desde que fuimos concebidos, aunque se nos olvida con frecuencia. Nos cuesta tocar ese amor de Dios. Se queda en la cabeza, como una teoría, y cuesta hacerlo vida. Definimos el amor, para limitar sus redes, para que sus aguas tengan cauce. Al definirlo lo abarcamos, tal vez lo reducimos. Caminamos sin rumbo, porque los rumbos los marcan las modas, la prensa o las canciones más oídas. Creemos siempre de nuevo que es posible volver a rehacer el camino, a desandar lo andado, a escalar de nuevo una cumbre hace tiempo olvidada. Nos ofuscamos con nuestra torpeza, y pensamos que lo

que Dios ha creado es difícil que pueda cambiarlo. “Somos así”, pensamos y seguimos caminando sin pensar demasiado. Hablamos de la misión, de nuestra misión, y el corazón, tal vez de nuevo, se enciende. Súbitamente, al encontrar eco en el mundo que nos rodea, el alma vuelve a la vida. **Como esas ascuas olvidadas que recuperan su fuego. Como esa hoguera dormida que vuelve a despertar.**

PENSABA EN LA MISIÓN QUE DIOS TIENE PARA CADA UNO y recordaba las palabras del P. Kentenich: “Ciertamente recibir una gran misión de Dios es un acto de confianza alegre, pero también una llamada, una obligación constante, a morir mística o realmente”. Una llamada a vivir y a dar la vida. Una llamada alegre a entregarlo todo. Una llamada para no perder la vida de forma inútil. El que recibe una misión sabe las consecuencias: “*Todas mis actuaciones y pasos actuales son un único y gran riesgo. Desde mi cuarto sale mucha luz y calor; aquí tengo una misión*”¹. La misión es la que Dios quiere y allí donde Él nos quiere; haciendo lo que Él quiere que hagamos, viviendo esa vida que nos toca vivir. Pero pensamos demasiado en lo que deberíamos vivir, le damos muchas vueltas a la misión que deberíamos asumir, nuestra misión. Pensamos y pensamos, y nos estancamos creyendo que, en algún lugar, nos hemos equivocado de camino. **Queremos paz que nos confirme, que nos permita saber que todo tiene sentido. Necesitamos luz.**

DIOS LLAMA Y PENSAMOS ENTONCES QUE PODEMOS, PERO NO GRACIAS A NUESTRA FUERZA. El 2 de Febrero se celebraba el día de la vida consagrada. Tantas personas se entregan y consagran a Dios en un mundo sin Dios sintiéndose pequeñas y débiles, pero llamadas a algo grande. Antonio Cañizares comentaba en un artículo sobre la vida consagrada: “*Nuestra sociedad tiene necesidad de hombres y mujeres que, en una vida consagrada, den testimonio de Dios vivo ante un mundo que lo niega u olvida; que afirmen con sus vidas y palabras, sin rodeos, el amor de Dios a todos y cada uno*”. Hombres y mujeres que con su sí alegre a Dios, reflejen el sí de Dios sobre el hombre. Al fin y al cabo, es Dios el que nos elige, nos llama y nos necesita. Él es quien colma el deseo del corazón. **S. Pablo nos muestra cómo Dios es el que llama:** “Yo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”. Corintios 2, 1-5. Buscamos la sabiduría de Dios y no la de los hombres. La sabiduría escrita en el cielo, derramada en el Espíritu, grabada en el corazón de María. Esa sabiduría que se derrama en gotas de rocío, en lágrimas orantes, en silencios cargados de esperanza. Esa sabiduría reflejada en gestos que no pasan al olvido. ¿Acaso no han quedado grabadas en el alma las arrugas de la Madre Teresa que fue luz en los pobres? ¿Acaso la voz entrecortada de Juan Pablo II no nos recuerda que podemos darlo todo? Sí, los santos vivos y muertos, los santos enamorados, apasionados. Los santos que fueron capaces de vivir soñando la eternidad. Leía hace poco: “*Sed dignos de las alas que poseéis. Los grandes objetivos se conquistan en la insignificancia, los grandes actos se realizan en la pequeñez*”². El fuego en las palabras y en los gestos, la esperanza dibujada en el amor que se entrega. Gestos sencillos y pobres. Los santos no tuvieron miedo y se dejaron la vida; sintieron que nada era tan importante como seguir a Cristo hasta la muerte, hasta el final. Se vaciaron en actos insignificantes y pobres que destilaban el amor de Dios. **Siempre sin miedo, sin dudas, con esa audaz valentía de los débiles.**

PENSABA QUE LA LUZ BRILLA EN LAS TINIEBLAS. Es la luz del que actúa con justicia. Así lo muestra el salmo: “*El justo brilla en las tinieblas como una luz. En las tinieblas brilla como*

¹ J. Kentenich, “Cartas del Carmelo”, Navidad 1941

² Augusto Cury, “El vendedor de sueños”, 86

una luz el que es justo, clemente y compasivo. Dichoso el que se apiada y presta, y administra rectamente sus asuntos. El justo jamás vacilará, su recuerdo será perpetuo. No temerá las malas noticias, su corazón está firme en el Señor. Su corazón está seguro, sin temor. Reparte limosna a los pobres; su caridad es constante, sin falta, y alzará la frente con dignidad". Sal 111, 4-5. 6-7. 8a y 9. La caridad, la justicia, el amor, la verdad, reflejan la luz de Dios. Esa vida entregada y enterrada, ese amor sencillo de los pobres que no se buscan a sí mismos, que sólo buscan a Dios. Es lo que hoy nos pide Cristo: *"Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del candelero, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa. Alumbré así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo."* » Mateo 5, 13-16. En medio de la oscuridad de la mentira y la violencia brilla la luz de los justos. En la oscuridad de la desesperanza y la soledad, brilla la luz de los que aman. La luz alumbró un mundo en penumbras. La luz deslumbra cuando estamos acostumbrados a la noche. Cuando nos acostumbramos al pecado, a vivir desorientados, nos desconcierta la luz. Estamos llamados a vivir en la luz para alumbrar al mundo. Queremos dar a luz un mundo nuevo lleno de esperanza. La luz nos enfrenta con la verdad. En la luz no cabe la mentira. Vivir abiertos a la luz nos exige coherencia, verdad, sinceridad, transparencia. No siempre nos gusta la luz. La oscuridad nos da tranquilidad para cerrar los ojos y seguir como si nada. El pecado nos parece más cómodo. La mentira nos ayuda a seguir siendo incoherentes. La luz y la verdad, la oscuridad y la mentira. Siempre nos da miedo que todo sea luz. Las zonas de sombra en el corazón nos permiten seguir sin tener que cambiarlo todo. Abrirnos a la verdad total nos aterra. Jesús nos lo dice: *"Yo soy la luz del mundo, el que me sigue tendrá la luz de la vida"*. Es la luz de Cristo la que nos llena y permite que reine la luz en nuestra vida. Decía **S. Bernardo**: *"El nombre de Jesús iluminó el mundo. Antes de El por todas partes reinaban las tinieblas de la ignorancia y del error; mas, cuando por medio de la predicación se anunció a los pueblos el nombre de Jesús, se cambió la faz del universo"*. Cristo es la luz y cuando poseemos a Cristo, cuando lo predicamos, cuando lo entregamos, vivimos en la luz. **Sin embargo, el corazón prefiere las sombras y busca la noche. No se acostumbra a tanta verdad en su vida.**

LA LUZ VENCE EN LAS TINIEBLAS, AUNQUE LA OSCURIDAD DE NUESTRO MUNDO NOS ASUSTA. Hace unos días veía la película *"De dioses y de hombres"*. Una película maravillosa que muestra cómo la luz verdadera se manifiesta en medio de la oscuridad. La luz del amor desinteresado, de la vida entregada sin esperar nada a cambio. Uno de los monjes decía, lleno de dudas: *"De pequeño soñé con ser misionero. Así que morir por mi fe no debería quitarme el sueño. Pero, ¿morir aquí? ¿Ahora? ¿Realmente tiene sentido? Ser mártires, ¿para qué? ¿Por Dios? ¿Para ser héroes? ¿Para demostrar que somos los mejores?"*. Y el Abad del monasterio le contesta: *"Es cierto que quedarse aquí es una locura como la de hacerse monje. Pero recuerda, tu vida ya la has entregado. Se la entregaste a Cristo cuando decidiste dejarlo todo, tu vida, tu familia, tu país. Uno se hace mártir por amor, por fidelidad. La muerte, si llega, será a pesar nuestro. Porque hasta el final intentaremos evitarla. Nuestra misión aquí es ser hermanos de todos. Y recuerda que el amor es pura esperanza, el amor lo soporta todo"*. Es la locura del amor silencioso, enterrado en tierra extranjera, sin miedo, sin cobardías, sin egoísmo, sin pretensiones. Es la luz que parece no brillar, porque la oscuridad es demasiado densa, pero permanece alumbrando. Pensaba en un santo que hemos celebrado esta semana, San Óscar. Fue un santo misionero que experimentó muchas veces el fracaso humano en todo lo que hacía. Lo que construía, acababa siendo destruido. Pero él fue fiel y perseveró allí donde Dios quería que sembrara. Su semilla, la luz de sus obras, no cayó en tierra baldía. Al cabo de dos siglos, la semilla dio fruto en Suecia y Dinamarca, donde él había entregado su vida sin frutos aparentes. Nosotros nos impacientamos en seguida esperando los frutos. La vida de los mártires puede parecer inútil. **La sangre derramada por causa del odio nos parece terrible. Los frutos brotan donde y como Dios quiere. Nosotros no entendemos, sólo hemos de perseverar.**

PENSABA EN TANTAS VIDAS DE CRISTIANOS DERRAMADAS A LO LARGO DE LOS SIGLOS.

Pensaba en los cristianos que son hoy perseguidos. Recordaba que no tenemos que tener miedo. En el nuevo libro de **Benedicto XVI**, que recoge una larga entrevista, se menciona que, al iniciar su pontificado el 24 de Abril del 2005, pronunció esta frase: *“Rogad por mí, para que, por miedo, no huya de los lobos”*. El Papa reconoce que sí temía que hubiera tiempos difíciles en su pontificado: *“Si sólo hubiera habido aceptación, debería haberme preguntado con seriedad si realmente estaba anunciando el Evangelio en su integridad”*³. Y pedía fuerzas para no desfallecer en los peligros, para no perder la esperanza ni dudar. ¿Tenemos vocación de mártires? No es nuestra vocación principal. Resuenan en mí las palabras de la película antes mencionada: *“Nuestra misión aquí es ser hermanos de todos. Y recuerda que el amor es pura esperanza, el amor lo soporta todo”*. Nuestra vocación no es ser mártires, es ser testimonios de un amor más grande. Es la misión de todos. Tal vez se nos olvida con frecuencia, porque vivimos esperando, soñando, y no nos damos cuenta de que el amor se juega a cada paso. Nuestra respuesta de amor, nuestro deseo de ser luz, acaban apagándose, al no ver frutos y experimentar la soledad. **O tal vez nos da miedo el fracaso, el desaparecer sin dejar rastro, el morir sin que nadie lo sepa.**

No obstante, NOS SIGUEN DANDO MIEDO LOS LOBOS. Nos da miedo la crítica y el rechazo. Nos da miedo amar y recibir odio. Leía hace poco: *“No tengas miedo a la difamación externa. Teme a tus propios pensamientos, pues sólo ellos pueden penetrar tu esencia y destruirla”*⁴. Pero nosotros tenemos miedo. Los lobos que no nos aprueban ni aceptan, nos asustan. No debería ser así. Pero también nos asustan otros fantasmas que viven en el alma. Nos da miedo no contener nuestra propia ira, no controlar nuestras emociones, no aceptar nuestra propia debilidad. Nos asusta nuestra oscuridad en la que no brilla la luz en el fondo del alma. Queremos ser santos y tememos acabar siendo ladrones. La línea que divide al santo y al ladrón es muy fina. Nos asustan nuestros pecados, nuestras esclavitudes y apegos. Nos agota pecar sin pausa y no ser capaces de emprender un nuevo camino. Nos escandaliza nuestra flaqueza, queremos ser fuertes. Por eso nos ponemos rígidos con los que pecan, implacables con los que caen, inmisericordes con los injustos y crueles. El pecado de los demás nos duele y asusta, porque refleja, como en un espejo, casi sin darnos cuenta, nuestra propia miseria. Por eso condenamos y acusamos implacables las caídas de los otros, porque nos sentimos así más grandes y más fuertes. Los lobos que nos dan miedo son los que nacen en nuestro corazón. El peligro más grande de la Iglesia es el que brota en su interior, es nuestra gran amenaza. Nos hacemos fuertes pisando pecados ajenos, denunciando oscuridades, gritando la maldad que nos amenaza. Y pensamos que nuestra pureza ha de brillar, como una luz en la noche. Nuestro ser inmaculado, cuando somos tan de barro como el mundo. **¿Qué nos asusta? ¿Dónde se esconden nuestros miedos? ¿Por qué nos asusta amar más y ofrecer más?**

Tememos a los lobos porque sabemos que nuestra misión no siempre es aceptada.

CRISTO HOY NOS PIDE QUE SEAMOS SAL DEL MUNDO: *“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente”*. La sal devuelve el sabor a la vida. La sal permite que las cosas se conserven y no se pierdan. Pero la sal también puede producir rechazo. Nuestra vida en Cristo no es azúcar que a todos fascina. El Papa lo decía, el mensaje de Cristo no es aceptado por todos, porque incomoda. La sal molesta. Cristo nos confronta con nuestra verdad, por eso, los que no soportaron esa verdad, quisieron acabar con Jesús. Los santos reflejan la verdad y su vida no siempre es comprendida y aceptada. La verdad duele e incomoda, por eso buscamos otros caminos. Decía el **P. Kentenich**: *“El corazón humano tiene innumerables caminos ocultos y subterfugios,*

³ Benedicto XVI, “Luz del mundo”, 34

⁴ Augusto Cury, “El vendedor de sueños”, 82

*para esclavizar el entendimiento y la voluntad y para hacerlos traicionar a Dios*⁵. Nos engañamos muchas veces, nos resistimos a ser sal en este mundo. Sin embargo, Cristo es paciente; Él, con su verdad, viene a liberarnos de tantas esclavitudes del alma. Necesitamos vivir a Cristo en el corazón para poder ser sal en un mundo que ha perdido la capacidad para disfrutar la vida en su profundidad. Tenemos que ser la sal que pueda sacar el sabor de todo lo que hacemos. María nos enseña a ser sal en este mundo desabrido. Ella supo vivir su vida con intensidad, disfrutando cada momento, sacando lo mejor de cada adversidad. Ella nos enseña a vivir así, para que otros valoren la vida que tienen y no la dejen pasar. Nos enseña a alegrarnos con las pequeñas cosas de cada día y a tomarnos con sentido de humor todas las contrariedades. **En María aprendemos a vivir. En Ella encontramos la paz querida. Ella nos da la alegría para vivir.**

El día de la presentación de Jesús en el templo celebramos el día de la luz y de la esperanza. EL ESPÍRITU SANTO HABÍA PROMETIDO A SIMEÓN que no se moriría sin ver al Salvador del mundo. El Espíritu Santo habitaba en su corazón y descansaba en él. Y él esperaba paciente, sabiendo que llegaría el momento. Vivía cada día con la certeza de una promesa. Dios se lo había prometido. El día de la Purificación, la fiesta de la Candelaria, al ver llegar una pareja de jóvenes esposos con su hijo al templo, sabe que ha llegado la hora. Los descubre en el ropaje del mundo. Descubre la luz bajo las sombras de la carne. Ve detrás del velo. Descubre a Dios en la tierra. El Espíritu Santo le hace saber que aquel pequeño niño es el Salvador y Redentor. No duda, abraza su esperanza y encuentra lo que había soñado. La luz se hace presente en su vida y por eso puede exclamar: *“Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel”*. Simeón refleja la fidelidad hecha carne. Simeón esperaba contra toda esperanza y veía pasar los años y consumirse sus días sin que nada especial ocurriera. Simeón, sin embargo, no temía, porque sabía que su vida tenía un sentido y por eso esperaba. No dudaba de los tiempos de Dios, y así vio la promesa hecha realidad en su vida. **Entonces supo que podía descansar.**

NOSOTROS QUEREMOS VIVIR CON ESA MISMA CERTEZA: Dios nos ha prometido encontrarnos con la luz de Cristo en nuestra vida. Mientras tanto, caminamos seguros de la promesa y sembramos semillas de esperanza. Las palabras de Isaías son muy claras: *“Así dice el Señor: «Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que ves desnudo, y no te cierras a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como la aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor, y te responderá; gritarás, y te dirá: «Aquí estoy.» Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía.» Isaías 58, 7-10.* Nuestra espera es una espera activa. Sabemos que el camino es dar de comer a los hambrientos, hospedar a los sin techo, vestir a los desnudos. Sabemos que la caridad comienza por amar y entregarnos por aquellos que más lo necesitan. Cada vez que amamos en la carne, amamos al Dios que se manifiesta en el mundo. Cada vez que nos entregamos por amor, Cristo se hace presente e ilumina. Dice **Don Bosco, a quien hemos recordado estos días:** *“Mantengamos sereno nuestro espíritu, evitemos el desprecio en la mirada, las palabras hirientes; tengamos comprensión en el presente y esperanza en el futuro, como conviene a unos padres de verdad, que se preocupan sinceramente de la corrección y enmienda de sus hijos”*. Son las actitudes de amor que son luz y sal en el mundo. Estamos llamados a vivir en la luz de nuestras obras. La falta de amor oscurece el mundo. Vivir en el amor transforma la realidad. **En nuestro amor se manifiesta el amor de Dios y en nuestro respeto su respeto por el hombre.**

⁵ José Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 187